

10 de junio de 1940:

Italia entra en guerra

C. A. Caranci



«¡Combatientes de tierra, mar y aire! ¡Camisas Negras de la revolución y de las legiones! ¡Hombres y mujeres de Italia, del Imperio y del reino de Albania! Escuchad: una hora marcada por el destino suena en el cielo de nuestra Patria: la hora de las decisiones irrevocables. La declaración de guerra ha sido entregada a los embajadores de Gran Bretaña y de Francia. Entramos en lid contra las democracias plutocráticas y reaccionarias de Occidente...»

ES el 10 de junio de 1940. Mussolini anuncia al gentío, desde el balcón de Palazzo Venezia, que Italia acaba de entrar en guerra. En la más terrible de las conocidas hasta la fecha, en la que, ha hecho ahora cuarenta años, los italianos se vieron envueltos y que les acarreó una de las mayores catástrofes de su historia. Esa guerra —la segunda guerra mundial, nada más y nada menos— cuyas consecuencias son aún visibles en la Italia de hoy.

El gentío que llena la plaza Venezia escucha en silencio a Mussolini. A los grupos entusiastas les cuesta trabajo dirigir o mantener gritos y aclamaciones. Es cierto que tampoco franceses o ingleses, en la ya psicológicamente lejano septiembre de 1939, ni siquiera los alemanes, han acogido con gran entusiasmo el estallido del conflicto. El recuerdo de los sangrientos años de 1914-1918, la ajetreada entreguerra, la amenaza de la miseria, el desánimo general, las ansias de paz y tranquilidad no son el mejor estímulo para despertar el belicismo de los europeos. Y éste es el caso también de los italianos.

¿POR QUÉ LA GUERRA?

Desde la llamada **Unidad**, en 1861, y aún desde antes, Italia arrastra un sinfín de graves problemas económicos, sociales, políticos, culturales que la monarquía liberal de los Saboya no ha sabido resolver. El fascismo, que toma el poder en 1922, se dice dispuesto a resolverlos. Pero sólo los agudiza, al debilitar la economía con una descabellada política autárquica, y al exacerbar la lucha de clases al silenciar y reprimir las reivindicaciones sociales, y al hacer converger a todas las energías nacionales en una sola dirección: la expansión exterior y la política de potencia. El fascismo es heredado de las corrientes nacionalistas italianas, se dice heredado de Roma, y se hace eco de las frustraciones y complejos nacionales: escasos resultados territoriales de la victoria de 1918, exiguo imperio colonial, su condición de potencia modesta, etc. Presenta a Italia como «país proletario» en busca de «tierras para trabajar», es decir, de colonias.

Pero llega tarde, cuando el mundo está ya repartido entre pocos países, a los cuales, aun así, Mussolini y Hitler van a disputarles su posesión. Este será, esquematizado, el desencadenante de la guerra mundial de 1939,



Frente alpino en junio de 1940, que se extendía desde la frontera con Suiza hasta el Mediterráneo. Tras la declaración de guerra a los franco-británicos, éste fue el primer teatro de operaciones italiano y el último francés.

verdadera guerra de redistribución colonial. Y lo que va a empujar a Italia a intervenir. En un momento, precisamente, poco «oportuno», si así puede decirse, cuando la mejora de las condiciones mundiales tras la crisis económica de 1929 está repercutiendo favorablemente en el país, donde la situación objetiva de orden y tranquilidad social, por muy artificial que sea, ha producido adhesiones difusas entre el pueblo, que no es necesariamente fascista; y la sensación de que, por fin, algunos de los problemas más urgentes comienzan a solucionarse.

A partir de 1936, sin embargo, se agrava el descontento hacia las insuficientes medidas socioeconómicas contra la promesa de nue-



Las relaciones anglo-italianas siempre fueron bastante buenas, aun cuando Mussolini siempre hizo lo posible por deteriorarlas: Italia envidiaba y pensaba disputarle su imperio colonial. En la foto, sonrientes todavía, Mussolini, Ciano y Chamberlain.

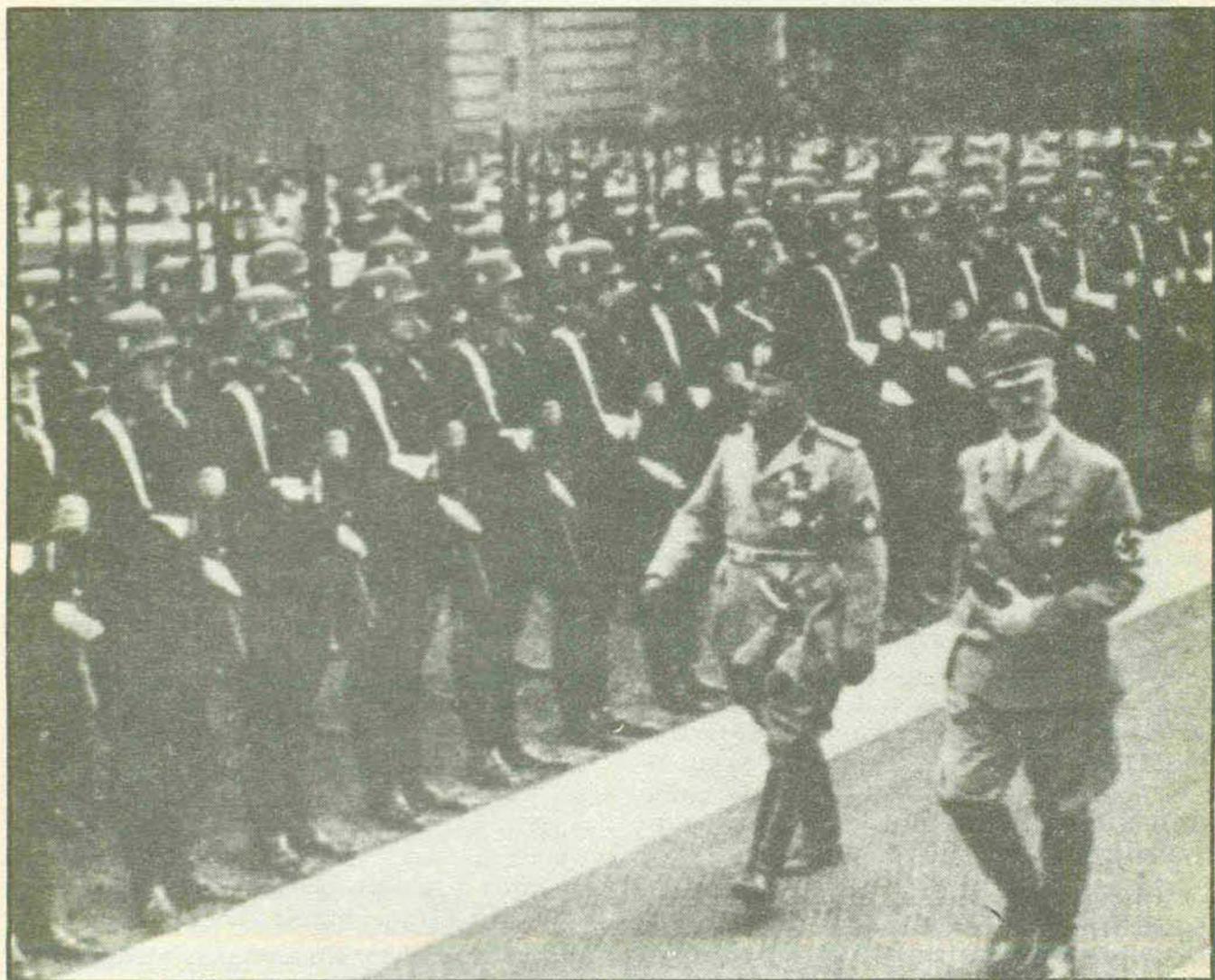
vas guerras, juzgadas innecesarias desde la conquista de Etiopía (1), contra el exagerado activismo, contra la *acentuación de la amistad con Alemania* (Italia «es» anglófila y francófila (2)): hacia 1938 el fascismo empieza a perder el favor conformista de las masas (E. R. Tannenbaum).

ITALIA Y ALEMANIA: PLANES BELICOS

El acercamiento entre ambos países se basa en la afinidad ideológica y se consolida, pese

(1) Desde la *Unidad* a 1940, Italia ha padecido 14 ó 15 guerras, grandes y pequeñas, entre ellas la terrible Gran Guerra. Tras la instauración del fascismo hasta 1940 se cuentan cinco: Libia, 1923-30; Somalia, 1924-26; Etiopía, 1935-36; España, 1936-39, y Albania, 1939. En total, desde 1861, unos 2,5 millones de bajas.

(2) En 1939, el público de un cine aplaudió en un noticiario la aparición de Chamberlain, y silbó la de Hitler. A veces los turistas alemanes o austriacos eran maltratados.



Los italianos nunca «tragaron» a los alemanes y mucho menos a los austriacos, por lo que el acercamiento a la Alemania nazi no fue nunca aceptado del todo, ni siquiera por los colaboradores del Duce. En la foto, Hitler recibe a Mussolini.



Milán, 1939. Concentración fascista en mayo, en el momento de la firma del acuerdo entre los partidos nacional-socialista y fascista. En estas fechas, el ya evidente predominio alemán y la proximidad de una guerra ya casi cantada empañaba los posibles entusiasmos ideológicos.

a la oposición de los Saboya, pro británicos, durante los conflictos etíope y español, articulándose a través de la creación del Eje en 1936 y del Pacto de Acero en mayo de 1939, preludios del Tripartito de septiembre de 1940.

Si hasta 1936-37 Hitler ha sido «alumno» de Mussolini, desde ahora la influencia alemana en Italia crece (leyes antijudías, «prusianización» formal, paso de la oca, etc.) vehiculada por su poderío económico y pronto militar y por la vieja y envidiosa admiración latina hacia la eficiencia teutónica.

Ahora bien, al contrario que Alemania, Italia no posee en 1939 una política expansiva clara. Y, muchos menos, planes militares en caso de una guerra más que previsible ya. Todo se reduce a la enumeración pública de viejas reivindicaciones italianas: «recuperación» de tierras italianas (Niza, Córcega, Saboya) o tenidas por italianos (Dalmacia, Malta), y obtención de nuevas colonias (la Somalia y la Tunicia francesas) y de zonas de influencia (Balcanes, Hungría, Mundo Árabe, España).

La propaganda mussoliniana presenta a Italia como una gran potencia militar. Pero el propio Duce sabe que la máquina bélica sólo

es apta para guerras breves y de tecnología simple; para enfrentamientos de mayor envergadura necesaria prepararse durante largo tiempo, al menos hasta 1944.

Paralela y contradictoriamente, Mussolini está ansioso de hacer buen papel y proporcionar a Italia, aun a costa de los demás pueblos, las glorias que él atribuye sólo a grandes naciones como Gran Bretaña, Francia y Alemania.

ECONOMIA Y GUERRA

En 1939, sea como sea, Italia no quiere la guerra. Mussolini tampoco. No la quieren los generales, la mayoría de los jefes fascistas (muchos antialemanes o filobritánicos), ni la quieren los ministros económicos. Pero la alianza con Alemania es un hecho y, pronto, con Dantzig al fondo, lo va a ser la guerra europea.

Desde ahora, el Duce tiene dos opciones: intervenir sin más, o tratar de esperar y ganar tiempo para llevar a cabo la modernización de las fuerzas armadas. Prevalece la segunda opción, porque Italia no está preparada en absoluto para una guerra general. Italia es, en realidad, la más débil, con mucho, de las



«Finalmente volveré a ser italiano», dice Napoleón en la pancarta. Entre otros territorios, Mussolini, haciéndose eco de viejas reivindicaciones italianas, exigía de Francia la «devolución» de Córcega. Pero la isla no será ocupada con ocasión de la campaña de Francia, sino en 1943.

llamadas «grandes potencias», Alemania, Francia, Gran Bretaña, URSS, Estados Unidos, Japón. No sólo el pueblo no desea la guerra, sino que habría que preguntarse que con qué iba a hacerla.

Económicamente, Italia es una potencia de segundo orden, cuya industria está despegando ya, pero incapaz todavía de cubrir las necesidades del país. No posee materias primas, su agricultura es atrasada. El capitalismo nacional es débil e inmaduro, su único objetivo es ganar dinero y durar. Escasean los capitales —¡para financiar el rearme hay que vender... armamento a otros países!—.

La tasa de analfabetismo es elevada. La mentalidad del hombre medio es preindustrial, atecnológica, muchas veces agraria, como sucede en otros países latinos. El nivel de vida es muy inferior al de los «grandes»: para casi 40 millones de habitantes, la renta nacional es en 1938 de 6.895 millones de dólares; la francesa es de 10.296 millones, la británica, de 23.500 millones, y la estadounidense, de 67.600 millones de dólares.

El italiano consume 11 Kg. de carne «per capita» al año; un francés, 39; un alemán, 51, y un británico, 63. En 1937 el volumen de la producción industrial es el siguiente, en millones de toneladas:

	Fundición de hierro	Fundición de acero	Fundición de aluminio (miles)	Automóviles (miles)
Alemania	16,0	19,4	127,6	331
Francia	7,9	7,9	34,5	227
Italia	0,8	2,1	22,9	72

Fuente: Deborin.

En 1939, Italia produce 1,5 millones de Tm. de carbón (para 50 días de guerra); Gran Bretaña produce 230 millones de Tm.; Alemania, 159 millones. Se tiene acero para tres meses de guerra, cobre para seis meses. En estaño y níquel se vive al día. Se necesitan 4 millones de Tm. de petróleo y se dispone de 153.000 Tm. Hay hierro para 180 días. Las reservas imponen una guerra que no supere los 2-3 meses de duración.

LA INDUSTRIA ARMAMENTISTA

Italia, en 1939, no dispone de una verdadera industria de guerra. En este sentido, se ha retrocedido respecto a 1918, se vive al día y el atraso tecnológico es relativamente importante. Se fabrican algunos excelentes prototipos, pero se carece de la capacidad para producirlos en serie y de investigar y renovar a un tiempo. Como en Francia, los modelos aprobados se quedan anticuados antes de entrar en servicio. En mucha mayor medida que en 1915, la competencia entre empresas, ministerios y armas conduce a la dispersión, a la desorganización, a retrasos y zancadillas, a la corrupción y al aumento de los intermediarios. Las industrias están mal distribuidas territorialmente, excesivamente concentradas en el Norte. Tampoco la industria bélica puede soportar una guerra larga. Con todo, una mejor organización y planes claros habría permitido producir más. Pero los planes fueron siempre poco reflexionados o inexistentes. La improvisación fue reina. Mussolini, que sabía muy poco de economía y de problemas militares podía «ser engañado» fácilmente por las empresas o los militares ligados a ellas (3), o por simples funcio-

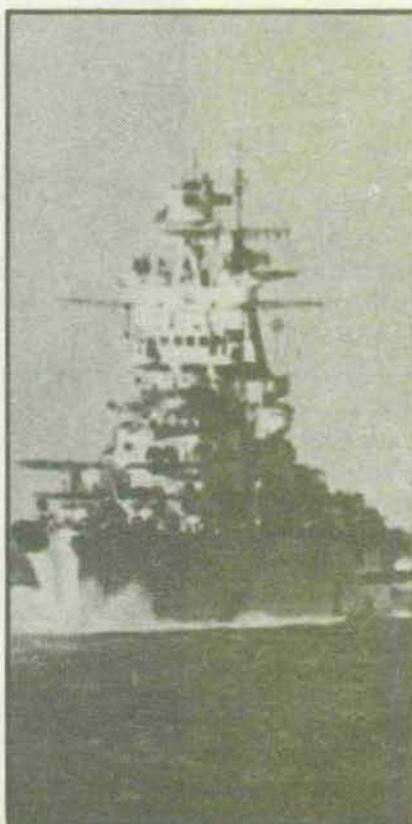
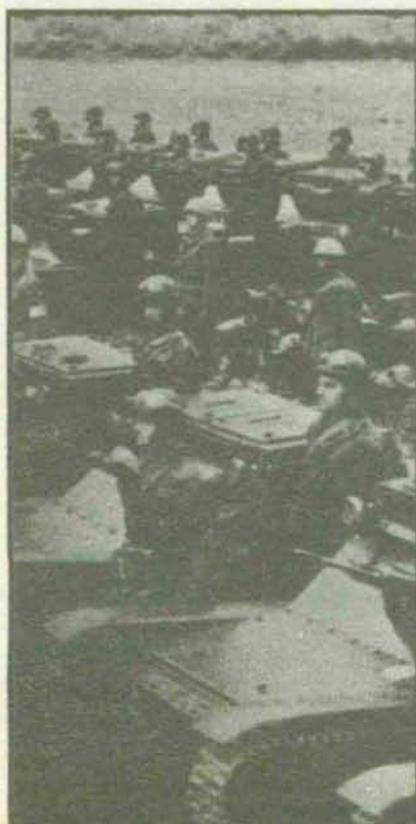
(3) El general Cavallero era presidente de la Ansaldo; la familia Ciano era accionista de la Orlando.

narios, sobre la realidad de la situación. Los materiales no siempre se probaban adecuadamente, y los expertos y militares críticos eran silenciados o destituidos. Como dice Coverdale, y aun teniendo en cuenta la debilidad económica, se había tenido tiempo suficiente, desde 1937, cuando la mayor parte del material enviado a Franco había sido entregado ya para reponerlo, al menos en gran parte.

Mussolini alardea, con una imagen, de disponer de «ocho millones de bayonetas». Quizá haya tantas bayonetas, pero en abril del 40 los fusiles son sólo 1.300.000. En 1939 se producen sólo ¡70 cañones al mes!; en 1940-42 serán 200 al mes, aun así, seis veces menos que en 1918. Se producen 150 aviones al mes (1940); a la industria aeronáutica le falta capacidad financiera, técnica, organizativa y productiva.

En cuanto a las municiones, el panorama es, en 1940, según Battaglia, el siguiente: 6 unidades de fuego (4) para ametralladoras; 6, para cañones de 75 y 100 mm.; 6, para cañones de 149 mm., es decir, lo suficiente para 60 días de guerra...

(4) Cada unidad de fuego es la necesaria para 10 días de guerra.



Para los alemanes, las fuerzas armadas italianas eran poco mejores que las de un «país balcánico» y muy por debajo de las exigencias de una guerra moderna entre países industrializados. En las ilustraciones, los tres ejércitos italianos: fuerzas de tierra (tanquistas), de mar (un crucero) y aéreas (cazas).



Mussolini ante una concentración de Camisas Negras. Estos —su verdadero nombre era MILIZIA VOLONTARIA DI SICUREZZA NAZIONALE (Milicia Voluntaria de Seguridad Nacional)— resultaron un peligroso «doble» del Ejército, de eficacia desigual y empleados muchas más veces por razones políticas, como milicia del régimen, que por razones militares.

Y la industria sólo produce el 8 por 100 de los pedidos de ametralladoras; el 30 por 100 de cañones; el 60 por 100 de morteros; el 42 por 100 de fusiles; el 47 por 100 de bombas de mano, y el 31 por 100 de proyectiles de pequeño calibre (Bocca). Falta un millón de uniformes. Apenas hay equipos para nieve o para el desierto.

LAS FUERZAS ARMADAS

Los generales carecen de una idea concreta y uniforme sobre lo que debe ser un ejército moderno. La casta militar se ha aliado al fascismo de 1923, no exactamente por convicción ideológica, sino porque a cambio se le permite vivir tranquila, al día —lo que no es infrecuente en Italia también en otros campos—, preocupada por el escalafón y las carreras vistosas y rápidas. Prefieren la «cantidad» a la «calidad»; los estudios militares brillan por su ausencia, y las publicaciones especializadas se cuentan con los dedos. La enseñanza en las escuelas militares es mediocre.

Son muchos los estudiosos que resaltan la ineptitud de las altas jerarquías militares, en particular de las del Estado Mayor. Los oficiales de menor graduación suelen ser sólo medianos, salvo los más jóvenes y los de complemento; su selección se basa en criterios clasistas, son ascendidos de forma me-

cánica, por lo que se pierden las experiencias de las guerras de Etiopía o de España. Hasta después de la segunda guerra, el soldado italiano es de los peor tratados de Europa durante el servicio militar y en guerra, no faltando los insultos, los golpes, el desprecio.

No existe una tradición militar unitaria. La **Unidad** no ha fundido los ejércitos de los diferentes Estados; sólo ha «extendido» el piemontés artificialmente, cortando con ello su notable tradición y vaciándolo de contenido. Los Saboya y el ejército piemontés creen que sólo ellos cuentan, militarmente hablando, en tanto que el resto de los italianos —en particular los del Sur— son mediocres soldados y mera carne de cañón, creencia «norteña» que heredan consciente o inconscientemente muchos generales y políticos (5).

El Ejército está pensado en gran medida

(5) *Mussolini, que también es del Norte, llegará a hablar de un ejército formado sólo por norteños, y no por «mez-zecartucce seminegre» («bajitos medio negros») del Sur. Digamos que también en España se considera mejor soldado al asturiano o al vasco que al andaluz o al manchego.*



La debilidad económica, la improvisación y la primacía de lo político sobre lo militar impidieron, entre otras cosas, mejorar la calidad de la instrucción de las tropas de montaña —los alpinos, uno de los mejores cuerpos del Ejército italiano— transportando a hombros, por una ladera nevada, un viejo cañón de montaña de la primera Guerra Mundial. La foto está tomada en el frente alpino en junio de 1940.

para la represión interna, un poco como el francés y el español. Hay demasiados oficiales —con 3.000 generales, colocados en cualquier parte—, muchos de ellos «en paro». Muchos no se han iuesto al día desde 1918 (Mack Smith) (6), bastantes siguen en el siglo XIX y lo ignoran todo sobre la guerra moderna. Confían más en la masa armada de mosquetones que en la movilidad y el volumen de fuego. El propio general fascista Graziani dirá en 1939 que el ejército italiano es gigantesco y pesado, «casi inmóvil», a lo que Mussolini responderá que se trata de una fuerza más para enseñar que para combatir». Ante las sugerencias de modernización, el general Bastico lanzará ante un grupo de oficiales jóvenes: «Señores, no discutamos más. La infantería debe volver a lo antiguo: bayoneta y bomba de mano». La tan cacareada «guerra relámpago» apenas es algo más que la motorización **parcial** de **algunas** unidades.

La Marina es anglófila, aristocraticista, reaccionaria, pero afascista. Organización y entretenimiento son malos, pero infinita-

(6) Como diría Farinacci, jerarca fascista radical, «con tantos oficiales y tanto entorchado parece [el italiano] un ejército mexicano».

mente superiores a los de la Infantería, y puede compararse en parte con el de otras marinas. Posee demasiados barcos grandes pocas bases, y no hay colaboración marina-aviación.

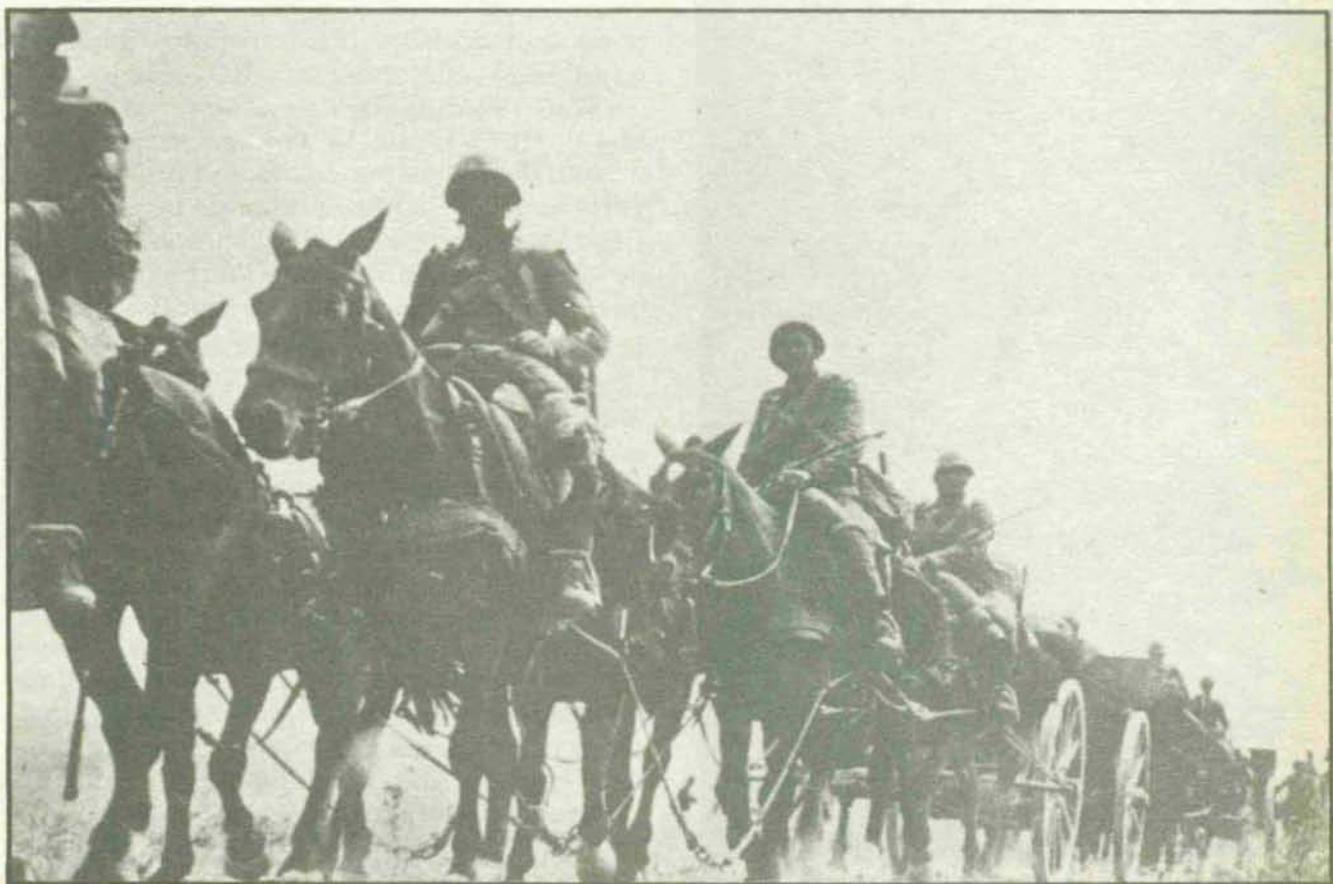
La Aviación, «arma fascista» por haber sido muy mejorada desde 1922, es casi improvisada. El entrenamiento es escaso e individualista: e, aviador suele ser un buen combatiente, al que se le estimula incluso la chulería, pero no es, además, un técnico especializado. Los aeropuertos son pocos y mal acondicionados.

EL ARMAMENTO

La Marina, que debe defender 8.000 Km de costas, carece de radar y de portaaviones, y en junio de 1940 no ha concluido dos de sus seis acorazados. El carburante es escasísimo.

Los cruceros están menos protegidos que los de las demás marinas. La flota submarina, la más numerosa del mundo con 115 submarinos, es sólo aceptable.

La Aviación posee pocos aviones (2.300 en 1940, de los que sólo 700 son utilizables in-



A lo largo de toda la guerra mundial los italianos utilizaron abundantemente mulos y caballos para el transporte de tropas y arrastre de artillerías, como en la Gran Guerra. Existían, además, cuerpos de caballería —como en el Ejército polaco y en otros del mismo tipo—, que se utilizarán contra los tanques en la URSS.

mediatamente), como la francesa, pero de *mejor calidad*. La masa de la caza está formada por el ya superado biplano Fiat CR-42. La velocidad media máxima es de 490 Km. en 1939, 85 menos que la británica. El puesto del piloto no está acorazado, y los aviones están poco armados. Los bombarderos, en especial el S-79, no están mal. Los pilotos no poseen equipos de vuelo para grandes alturas. En conjunto, la Aviación está mal, pero mejor que la Infantería.

Esta última es la «Cenicienta» de las fuerzas armadas. Empezando por el uniforme del soldado, digamos que es incómodo, destartado (y antiestético: «Transformaba a un atleta en un deforme», según el general Favagrossa). El soldado va todavía con las bandas en las pantorrillas, como en la Gran Guerra y como, en el 40, van todavía franceses y japoneses.

El rancho es malo y modesto (pero basta, dicen, «para la proverbial sobriedad del italiano»): por ejemplo, mientras el francés

consume 450 gramos de carne al día, el italiano debe conformarse con 250 gramos.

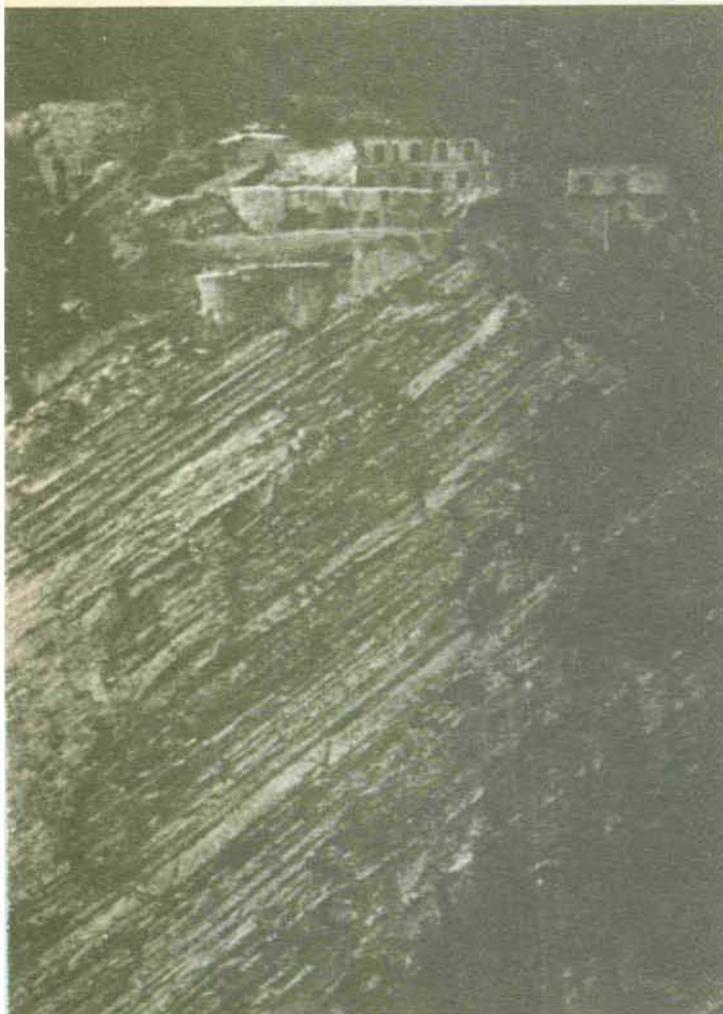
Los transportes son escasos (60.000 vehículos en total) e inadecuados. Se marcha demasiado a pie, incluso por el desierto o por las estepas nevadas, con 35 Kg. de impedimenta sobre las espaldas.

La artillería ha envejecido demasiado y es escasa. Las baterías antiaéreas son pocas, el cañón antitanque de 47 mm. es inadecuado. Faltan los gruesos calibres (los mejores provienen de capturas a los austriacos en 1915, pero suelen ser modelos de 1906). Por el contrario, los artilleros están bien instruidos y son buenos.

El mortero de 81 mm. es excelente; el de 45 mm. demasiado ligero para ser eficaz. Las ametralladoras son relativamente escasas, pero aceptables; no así el pésimo fusil ametrallador. Prácticamente no hay metralletas (Beretta y Breda, muy buenas) hasta 1941, y aun entonces, escasas. El fusil, modelo 1891, es bueno, pero demasiado pesado. En conjunto, el armamento es casi idéntico al de la Gran Guerra (Bocca).

El arma clave de la guerra moderna, el tanque, es empleado de manera anticuada, disperso, como simple apoyo a la infantería, como los franceses. Son escasos, muy malos, poco acorazados y poco armados. En 1940 hay 1.500 —eficientes sólo 400—, de los cuales sólo 194 dotados de cañón (el M-11 y el M-13). El M-13, de 14 Tm., es el carro más pesado de que disponen los italianos. La mayoría son L-3, la «tanqueta» de la guerra de España, armado sólo con dos ametralladoras de 12 mm., es un tanque «totalmente inútil para la guerra moderna» (general Pariani).

La superabundancia de oficiales y razones económicas «ha obligado» a reducir el número de regimientos por división de tres a dos, las llamadas divisiones «binarias», de eficacia disminuida y cuyo volumen de fuego es un cuarto del francés y un noveno del alemán. En 1939 hay sólo 74 divisiones, de las que sólo 19 están completas en armamento y hombres. El entrenamiento es, por lo general, muy deficiente. Los cuerpos más o menos especiales (alpinos, tropas de choque, infantería ligera o bersaglieri, infantería de Marina, paracaidistas, etc.) están bien preparados y son eficaces. La tropa común tiene una instrucción desastrosa. Un porcentaje elevado (casi un 30), a decir del general Bergonzoli, no ha oído un tiro en su vida y sólo ha estado una semana en el cuartel antes de ir al frente.



Los franceses habían fortificado formidablemente sus líneas de defensa en los Alpes, aprovechando hábilmente la áspera naturaleza del terreno. Vemos aquí fortines en la zona de Larche, contruidos a plomo sobre un gigantesco barranco.

Una especie de «doble» del Ejército es la Milicia fascista, los «Camisas Negras», voluntarios (entusiastas, marginados, parados, aventureros), muy mal armados, mal instruidos, con una oficialidad mediocre. Serán muchas veces un fastidio o un peso para el Ejército. Existen todavía cuerpos de caballería.

El Servicio de Información Militar (SIM) es casi una policía política, es incompetente y está mal informado por el propio gobierno.

La preparación general es, en conjunto, muy inferior incluso a la francesa, y el «espíritu demostrativo», la importancia excesiva dada a la apariencia, hacen de las Fuerzas Armadas italianas más un instrumento de política exterior que militar. Los militares lo saben, e incluso lo fomentan inconscientemente; y esto se une a las indecisiones, optimismos y pesimismo mussolinianos. Todo esto repercute desfavorablemente sobre la moral del pueblo, ya de por sí reacio a nuevas aventuras, lo hace inseguro de sí mismo e irritable.

Mussolini, que meses antes era consciente, difusamente, de la impreparación, se siente de repente inclinado a la guerra; ha acabado creyendo en su propia propaganda, estimulado, además, por los éxitos alemanes en Polonia y en Noruega. «No hay nada que aprender de nadie en cuestiones militares», dice. Se trata de probar suerte, una vez más.



El mariscal Badoglio y el general Graziani, veteranos de la Gran Guerra y de la guerra de Etiopía; el segundo, además, se había distinguido en la «pacificación» de Libia entre 1923 y 1930. Durante la campaña italiana contra Francia, Badoglio es Jefe del Estado Mayor General, Graziani es el Comandante de las Fuerzas Italianas.

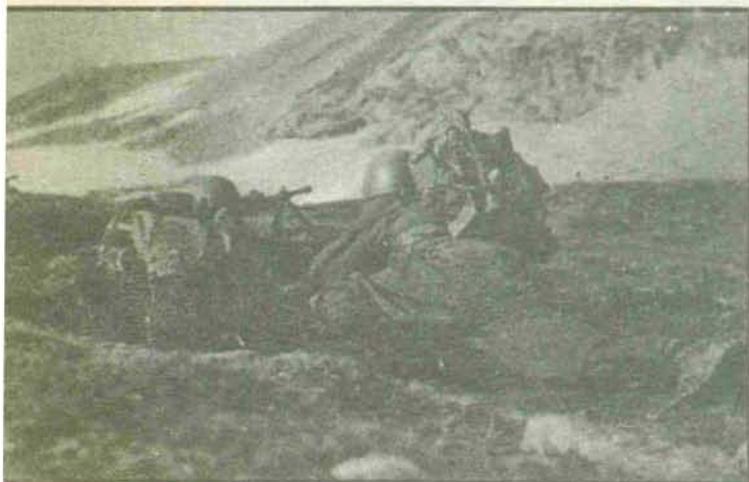
¿Qué piensan los alemanes, entre tanto? El juicio del Estado Mayor alemán sobre las Fuerzas Armadas italianas es muy negativo para el ejército de tierra, menos malo para Marina y Aviación. El informe puede estar influido por las tradicionales opiniones racistas sobre el valor militar de los latinos, y en especial de los italianos, pero, en gran parte, coincide con los propios informes de los generales de Mussolini (7).

Puede decirse que las fuerzas armadas italianas son las propias de un país pobre y atrasado y que no se puede pedir más. Pero es

(7) «El ejército italiano es un verdadero ejército balcánico»; «Va a ser un peso para Alemania»; «Es un ejército de pordioseros», explican los generales alemanes.



Como Italia, Francia tenía sus tropas alpinas (Chasseurs, Diablos Bleus, como los de la fotografía, etc.), que combatieron testarudamente contra los italianos, movidos, además, por el desprecio y el odio contra quienes los atacaban cuando Francia estaba prácticamente caída.



Soldados Italianos abren fuego de fusil ametrallador contra las posiciones francesas.

necesario recordar que las de 1915 resultaron ser mucho más eficaces y organizadas, pese a la relativamente cercana **Unidad**, que las de 1940.

NO-BELIGERANCIA

Todo aconseja no intervenir. Mussolini duda cuando la guerra se avecina, duda después del ataque a Polonia. Y se declara «no - beligerante». Los alemanes irritados los comprenden mal desearían que Italia tomase una postura más definida (8).

Pero la no-beligerancia es un compromiso: se evita entrar en guerra, se evita la neutralidad. Se nada y se guarda la ropa.

Y permite a Italia, a sus capitalistas, aprovechar la especial situación para hacer grandes negocios con el extranjero —un poco como hizo la España neutral durante la primera guerra mundial—.

Los éxitos alemanes en Holanda, Bélgica y Francia, ya en mayo del 40, ponen fuera de sí al Duce: «No actuar mientras los demás escriben la Historia», se lamenta, en tanto que crece su envidia por Hitler y su desprecio por las «democracias que no han movido un dedo por Polonia». Y siente su primer impulso de entrar en guerra, precisamente cuando los antialemanes o los antibelicistas rompen sus últimas lanzas para evitar la intervención, como Ciano o como Grandi, embajador en Gran Bretaña, que desean romper el Pacto de Acero. Pero a estas alturas es imposible despegarse de los alemanes. Se co-

(8) *Desear enviar ayuda y así se lo hacen saber a Mussolini. Pero el Duce deliberadamente hará llegar al Führer una lista de pedido de 16 millones de Tm. de materiales de guerra, confiando en la imposibilidad de que se hiciera realidad su petición.*

rería el riesgo de un ataque y, además, habría que revisar toda la estructura económica italiana. Tampoco cejan los Aliados: Churchill intenta por enésima vez atraerse a Mussolini, a quien admira como hombre e ideológicamente; lo mismo hacen Roosevelt, y el Papa. Alemania se inquieta: para ganarse definitivamente al indeciso Duce, aumenta la ayuda económica a Italia, al tiempo que estrecha los lazos militares. Finalmente, Italia indica una fecha de entrada en guerra: a partir de mayo.

LA DECISION

Italia no ha aprovechado bien, militarmente hablando, la no-beligerancia. Se ha pensado siempre en una guerra breve «que permita conciliar el compromiso con Alemania con el estado de absoluta impreparación bélica» (Battaglia), y en la que Estados Unidos y la URSS, se cree, van a ser neutrales. «Yo tengo necesidad de cierto número de muertos para sentarme en la mesa de la paz», dice francamente Mussolini. Y añade: «Si tuviera que esperar a tener el ejército preparado debería entrar en guerra dentro de varios años, pero debo entrar ahora. Haremos lo que podamos...».

Los militares, pese a su conocimiento por la idea de la «guerra breve», y dan su conformidad claudicando, drogados por la idea de la «guerra breve», y dan su conformidad. Pero «sólo podremos mantenernos a la defensiva», dice el general Badoglio a Mussolini, y «eventualmente colaborar con los alemanes». Es, pues, la guerra subordinada. ¿Nada de guerra paralela, entonces? Lo más sensato es simplemente «apoyar a Alemania», pero Mussolini rechaza el «papel de segundón» e insiste en desempeñar un arriesgado papel autónomo; no se trata, además, de hacer la guerra en serio, sino de «no estar ausente».

La prensa y la radio se encargan de explicar esto al pueblo, desganado e irritado (según revelaciones de la propia policía), pero que se resigna a confiar una vez más en la famosa habilidad del Duce para salir de los atolladeros. Y si de paso se obtiene algún trozo en el reparto alemán, tanto mejor.

El 28 de mayo Francia está ya semivencida, pero los alemanes siguen creyendo que los franceses de 1940 son los mismos de 1914, y no saben qué va a hacer Gran Bretaña: intranquilos, desean, por primera vez, que Italia intervenga lo más pronto posible. Esto

halaga a Mussolini, seguro ya de la victoria germana y deseoso de mostrarse cumplidor de la palabra dada. «En 40 días —dice— habrá acabado la guerra», e incluso Ciano acepta que una ocasión así «no se repetirá en 5.000 años». Roma comunica a Berlín que desde el 5 de junio Italia puede entrar en guerra en cualquier momento.

¿Dónde atacar? Las fuerzas italianas se hallan dispersas desde los Alpes a Africa Oriental y del Egeo a Libia. Se habla de iniciar operaciones contra el Egipto inglés o la Tunicia francesa, contra Malta, o directamente contra Francia. Pero por el momento lo único que puede hacerse es estar a la defensiva.

Se inicia la movilización, que no se escalona, lo que crea una situación de caos innecesario. Mussolini asume el mando supremo de las fuerzas armadas. Finalmente, el 10, Italia declara la guerra a Francia y a Gran Bretaña.

CONTRA FRANCIA

La entrada de Italia en guerra contra una Francia postrada es juzgada severamente. «Es una puñalada por la espalda», afirma lapidariamente Roosevelt, y la frase hará fortuna. Es un mal momento, evidentemente, desde una perspectiva ética. Y lo es también desde un punto de vista práctico: Francia ha sido siempre amiga de Italia, las relaciones son buenas, 800.000 italianos trabajan y viven en Francia.

Y el ataque, por lógica geografía y por oportunismo militar, va a ser contra Francia. Los alemanes proponen que los italianos ataquen por el «túnel de Borgoña», pasando por el sur de Alemania. Desaconsejan un ataque por los Alpes, opinión que comparten con los generales italianos. Pero Mussolini decide: por los Alpes.

Un mal frente, con alturas medias de más de 2.000 metros, con nieve en verano; las tropas deberán atravesar la vertiente alpina francesa, de 120 Km. de profundidad (9).

El 10 de junio hay unos 180.000 franceses, de los cuales 83.000 en primera línea, fortificados en lo que se llama la «Maginot Alpina». La moral francesa no es alta, pero están bien protegidos, bien entrenados y los anima el desdén hacia quienes los agreden cuando están casi derrotados.

(9) Clausewitz, el gran escritor militar prusiano del siglo XVIII, decía que atacar a Francia por los Alpes es tan imposible como intentar levantar un fusil por la punta de la bayoneta.



Trimotor de bombardeo Savoia-Marchetti S-79 «Sparviero». Este excelente avión, utilizado también en Etiopía y en España, fue llamado la «burra de carga», pues se lo empleó en los más dispares servicios de guerra.

Los italianos son superiores en número (unos 300.000), pero han de asaltar fortificaciones, para lo que no están preparados. Por el momento, existe un acuerdo con los franceses por el que hay que evitar toda acción bélica, en el frente alpino. La única actividad son algunos bombardeos aéreos por ambas partes.

De pronto, el 15, Mussolini ordena atacar. Pero no se pasa en dos días de un dispositivo defensivo a uno ofensivo y sólo se llevarán a cabo pequeñas operaciones, que se suspenden el 17 cuando se sabe que alemanes y franceses están tratando ya.

El 18, el Duce anuncia un nuevo ataque, seguido de una nueva contraorden, seguido de otra orden de ataque para el 23, suspendida a su vez pocas horas después... Los soldados protestan, los generales hacen llegar sus quejas a Mussolini. El 19 se habla de armisticio y se piensa que la guerra ha terminado.

De golpe, el 20, sorpresa. Mussolini, no está satisfecho de los resultados militares; ade-



Aunque la campaña contra Francia fue en junio, a más de 2.000 metros de altura la nieve estuvo siempre presente, como constataron a su costa muchas unidades con uniforme «de verano». En la foto, carros de combate L-35 italianos cubiertos de nieve.

más, Francia no parece haber aceptado todavía el alto el fuego. Así, en combinación con un ataque alemán hacia Chambéry, los italianos, el 21, sin tiempo de prepararse, con tropas que horas antes creían que todo había acabado, inician el ataque en todo el frente, de Suiza al Mediterráneo.

Los franceses resisten encarnizadamente. Tras improbables esfuerzos, los italianos consiguen penetrar entre 2 y 16 kilómetros en cuatro días, tomado la pequeña ciudad costera de Menton y 12 pueblos de montaña. Francia pide el armisticio, que se firma el 24, y por el que Italia controlará lo conquistado y 50 kilómetros de zona desmilitarizada.

Los franceses han tenido 37 muertos, 42 heridos, 150 dispersos. Los italianos, 631 muertos, 2.631 heridos, 2.150 congelados, 616 dispersos y 1.141 prisioneros. La «guerra de las 100 horas» ha terminado.

Italia ha resultado vencedora, pero su papel ha sido poco brillante y mezquinos los resultados. Y, lo que es peor, la breve campaña ha confirmado las previsiones de los militares. Bastan 10 días de guerra—dice Lialdi— para que el soldado vea abrirse ante él el caos y el temor de verse lanzado irresponsablemente a la aventura. Ha faltado de todo, incluso las pilas para los teléfonos de campaña, los clavos para las botas, los suministros (10). Los congelados han sido, como hemos visto, le-

(10) Ha habido que sacrificar ganado de los campesinos y rebecos de los Parques Nacionales de los Alpes.



El 23 de junio los italianos ocupan Menton, en la costa mediterránea. En la foto, vemos a «camisas negras» entrando en la ciudad.



El Grupo de Ejércitos del Oeste —precisamente los que actuarían contra Francia en los Alpes— estaban al mando del Príncipe heredero del Piemonte, Humberto, hijo de Víctor Manuel III. En la imagen, Humberto de Seboya conversa con algunos oficiales.

gión. El mando operacional ha sido encomendado a quien no vale para la guerra moderna, el «colonial» Graziani.

Los generales han tardado en atacar, Mussolini, que se ha olvidado de sus órdenes y contraórdenes, se ha impacientado y, según costumbre italiana, se ha echado la culpa sobre los soldados. En realidad, el comportamiento de los italianos ha sido bueno, aunque no entusiasta. Como dice D'Arbaumont, los italianos atacaban en campo abierto los fuertes franceses, y los franceses se quedaban asombrados. Otro oficial francés describe cómo «una sola granada nuestra hacía caer al abismo a 20, a 30 italianos de una vez, pero éstos seguían avanzando por la pared rocosa».

En ningún momento los italianos han sentido aversión hacia los franceses. Los soldados de uno y otro lado hablaban entre sí; a veces, si eran soldados de montaña, podían pertenecer a pueblos vecinos pegados a la frontera; otras veces las patrullas «se ignoraban» e incluso se avisaban: «¡Apartaos o disparamos!» (Lualdi).

CONCLUSION

Italia, pues, ha entrado en guerra. En la primera prueba todo ha ido aceptablemente—quizá, como comentó un coronel, porque

«la cosa ha durado poco»—. Cuando la cosa dure más, la impreparación, la improvisación, la indecisión de los políticos, la desgana general y el oportunismo del momento, entre otros muchos factores a los que hemos aludido anteriormente, se manifestarán en, digamos así, su plenitud, y, pese a contados éxitos iniciales, en todos los frentes: aparte de Francia, en Egipto, Kenya, Sudán, Somalia británica, Grecia, Yugoslavia, URSS, Túnez, el Mediterráneo, el Atlántico, el Índico..., a lo largo de cuatro interminables años. Italia, pues, acaba de entrar en guerra. En esa guerra no deseada, innecesaria y ruinosa. Lo que sigue es conocido. ■ C. A. C.

BIBLIOGRAFIA

Latreille, A.: La segunda guerra mundial (Guadarrama, Madrid, 1968).
Battaglia, R.: La seconda guerra mondiale. Problemi e nodi cruciali (Editori Riuniti, Roma, 1962).
Calvocoressi, P., y Wint, G.: Guerra total (Alianza, Madrid, 1979).
Deborin, G.: La segunda guerra mundial (Edic. en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961).
Ellis, L. F.: The War in France and Flanders, 1939-1940 (Londres, 1953).
Battaglia, R.: Risorgimento e Resistenza (Editori Riuniti, Roma, 1964).

Mack Smith, D.: Storia d'Italia, 1861-1968 (Laterza, Bari, 1970).
Tannenbaum, E. R.: La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia, 1922-1945 (Alianza, Madrid, 1975).
Guichomet, P.: Mussolini y el fascismo (Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 1970).
Villari, L.: La política exterior de Mussolini (AHR, Barcelona, 1956).
Mack Smith, D.: Mussolini's Roman Empire (Longman, Londres, 1976).
Bocca, G.: Storia d'Italia nella guerra fascista (Laterza, Bari, 1977).
Lualdi, A.: Nudi alla meta (Longanesi, Milán, 1969).
Harvey, D. J.: France since the Revolution (The Free Press, N. York, 1968).
Publicación oficial: La battaglia delle Alpi occidentali (USE, Roma, 1947).
Ciano, G.: Europa hacia la catástrofe (Janés, Barcelona, 1949).
Badoglio, P.: Italia en la segunda guerra mundial (Mateu, Barcelona, 1947).
Michel, H.: La défaite de la France (1939-1940) (PUF, París, 1980).
Bauer, E.: «La bataille des Alpes» (Revue Militaire Suisse, XI-1941, 1-1942).
En Miroir de l'Histoire, varias fechas.
Arbaumont, J. d': «Le alpins de 40».
«Ricciardetto»: «I grandi errori della guerra» (Epoca, Milán, 1957).
Cavallari, A.: «I retroscena di 20 anni fa» (Domenica del Corriere, Milán, 1960).
Giuriati, G.: «Cause della nostra sconfitta» (Settimana Incom, 1956).



La fotografía muestra la rendición, con los honores militares, de la heroica guarnición francesa del fuerte de Traversette, mientras que sobre sus ruinas ondea la bandera italiana. Esta imagen triunfalista no se repetirá muchas veces ya a lo largo de las campañas italianas de la segunda Guerra Mundial.